

Algunas palabras sobre Jaime Salom

Pedro VÍllora

Real Escuela Superior de Arte Dramático

En el hermoso volumen que el Centro Cultural de la Villa de Madrid dedicó a *El señor de las patrañas* con ocasión de su estreno en 1990, Jaime Salom escribió una suerte de autobiografía imprescindible para quienes nos sentimos atraídos por la rica personalidad artística de este autor. Entre los muchos datos interesantes allí comentados, Salom hace una diferencia entre sus iniciales escauceos teatrales y su verdadero primer estreno, el de la obra titulada *El mensaje*, a propósito de lo cual escribe: “Tenía yo entonces 33 años. Siempre he considerado que es la edad ideal para empezar la profesión de autor. De hecho, muchos de mis compañeros, autores admirados, estrenaron a sus 33 años su primera obra”. No conocía esta reflexión de Jaime Salom sobre sí mismo cuando, a mi vez, y tras varios montajes de carácter aficionado o semiprofesional, conocí en el año 2002 las gracias y desgracias de un auténtico primer estreno con una producción solvente. También yo, para mi pasmo, tenía 33 años en aquella primera ocasión.

No sé si será casualidad o no, ni si podría decirse que Jaime Salom y yo éramos dos autores predestinados a entendernos, pero lo cierto es que la coincidencia de edades me sorprende, y aún me asombra más que, según él, seamos muchos los escritores que estamos en la misma situación. Él los llama “compañeros, autores admirados”. Como esas expresiones se escribieron doce años antes de mi debut, no caeré en la vanidad de suponer que yo pudiese estar en ese grupo de treintaytresañeros a los que se refería, pero la distancia sí me permite suscribir plenamente sus palabras, hacerlas propias y afirmar por mi parte que yo sí tengo entre mis autores admirados a aquel que estrenó *El mensaje* y que desde entonces no ha parado de escribir y estrenar con tanta regularidad como éxito. Y es que Jaime Salom es hoy un autor prolífico, tan generoso de talento como de talante, perspicaz y continuo observador de la

realidad teatral de varios países, profundo conocedor del medio que habita y – lo que es especialmente de agradecer en un creador tan consagrado como él– en absoluto refractario a cualquier tipo de novedad, y mucho menos enemigo del trabajo de los más jóvenes.

En efecto, la curiosidad de Jaime Salom le hace frecuentar los estrenos y lecturas de sus colegas menores; y quizá sea esa misma curiosidad la que le impide acomodarse en un género o un estilo, cultivarlo hasta dejarlo exhausto y seguir explotándolo cuando claramente ha dejado de ser productivo. En lugar de instalarse en la rutina de lo ya trillado, Salom ha optado por ser siempre un joven autor de 33 años que una y otra vez está empezando. Así, uno de sus méritos es la variedad temática de sus obras, y otro, no menor, es la investigación en torno a estéticas y estructuras. ¿Quiere decir esto que Jaime Salom es un autor vanguardista? Evidentemente no, y desde luego dista de ser alternativo. Lo que significa es Salom es un escritor seguro, consciente de su oficio, en permanente estado de alerta, que se niega a encasillarse y que renuncia a mantenerse en la estela del éxito mediante la repetición de fórmulas que le han funcionado bien. Un autor que evoluciona a la par que el público, al que respeta y al que intenta complacer desde la sabiduría elegante y no mediante la satisfacción de instintos bajos o la estupefacción ante lo ininteligible.

Pero si esa voluntad de no imitarse a sí mismo es una de sus virtudes, también puede decirse que le ha procurado en ocasiones la perplejidad de cierta crítica. Sabido es que estudiosos y críticos, sea en ámbitos populares y periodísticos como en académicos y universitarios, tienden a usar y abusar del encasillamiento a la hora de analizar obras, periodos y autores. De ahí que suelen dedicarse más a quienes son fáciles de adjetivar y situar bajo epígrafes tan restrictivos como falsos. Pero Jaime Salom es uno de esos escritores que escapan a cualquier control y para los cuales cualquier intento de clasificación se revela insuficiente. Por eso, cuando se leen historias o estudios del teatro español contemporáneo se comprueba con cuanta frecuencia el analista no

sabe muy bien qué hacer con un autor que tiene demasiado éxito para ser minoritario, que es demasiado buen escritor para ser considerado comercial en el frecuente sentido peyorativo, que es moderno sin ser raro, que se mueve con soltura en el pasado sin resultar anticuado, que entretiene sin rebajarse, que es elegante sin caer en lo amanerado, que habla de problemas reales sin hacer demagogia, que es cercano sin ser vulgar y que es culto sin ser distante.

Por fortuna para el autor, el espectador que ama el teatro suele ser más lúcido que el crítico que simplemente lo estudia, por eso a Salom no le falta el favor del público, que ha hecho de él uno de los referentes insoslayables de la escena española de las últimas décadas.

Precisamente este volumen recoge, además de dos obras muy recientes y aún sin estrenar –*Los felices 20* no ha subido todavía a los escenarios y *En la pecera* sólo se ha conocido hasta ahora por medio de una lectura dramatizada celebrada en la biblioteca del Alcázar de Toledo el 23 de enero de 2003-, uno de los títulos más célebres y exitosos de su producción. Y es en la primera acotación de *Una hora sin televisión*, en la que se describe el espacio escénico, donde se encuentra una referencia que bien puede servir para aludir al sentido artístico global de Jaime Salom, aquello que lo identifica, que lo diferencia respecto del resto de autores contemporáneos y explica su imposible reducción al encasillamiento e incluso su condición de autor contracorriente. Esa frase inicial es: “Interior de una casa, entre realista y simbólico”. Tal vez esa sea la clave: demasiado simbólico en la época en que estaba de moda el teatro realista, cotidiano y hasta coyuntural; demasiado reconocible, comprensible, real incluso, en momentos en que los escenarios eran campo abonado para la extravagancia. Pero el teatro de Jaime Salom no es ni realista ni simbólico, no es una cosa u otra, sino ambas a la vez; de ahí su amplitud, su porosidad, su grandeza, su originalidad y su misterio.

*Los felices 20*, la obra con la que se abre este volumen, es un buen ejemplo de cómo las piezas de Salom no sólo son enormemente distintas las unas de las otras, sino que dentro de ellas mismas habita la diferencia y cierta

vocación de totalidad. El autor incluye una nota acerca del cariz de la representación idónea del texto, y en ella hace referencia a la farsa y a lo que él considera “la seriedad y la ridícula solemnidad de los grandes dramas”. En efecto, *Los felices 20* es un gran drama: el del joven escritor de provincias traicionado por un falso benefactor y enamorado de una joven de conducta descarriada que también recibe protección a cambio del uso de su cuerpo. Es un drama sobre la expiación del mal y la obsesión enfermiza que nos lleva a ver a nuestros enemigos por doquier. Es el drama de saberse malogrado en el amor y en la amistad, de obtener fracasos y derrotas y no ser capaz de asumirlos, de no conocer la medida –escasa- del propio talento, de no entender las reglas del juego y arriesgar una apuesta imposible de cubrir.

*Los felices 20* es, sí, un gran drama, pero en el exceso lleva su penitencia y la intensidad de las emociones desmesuradas se disuelve en el crisol desmitificador de la parodia. De la infelicidad de sus personajes nace el regocijo ante las situaciones devenidas en burla; cuanto más frenesí ponen Encarna, José y Don Carlos en describir sus pasiones ruines, más gracioso es el efecto obtenido sobre el lector que asiste complacido al descabro de una sociedad habituada a la tergiversación, la adulteración y el engaño.

Salom ha resistido la tentación de la bondad y ha creado unos personajes en ninguno de los cuales merece la pena confiar: las veleidades de una, la crueldad inmisericorde de otro, los celos y arrebatos violentos y psicóticos del tercero que se diría víctima de los anteriores pero que no por ello deja de tener su parte de culpa... Esa mezquindad generalizada se corresponde con el escepticismo con que el autor parece contemplar no sólo a personas y personajes, sino también a las instituciones. La justicia, la prensa, el ejército, la política no pueden funcionar bien en tanto que creaciones de seres humanos que, por serlo, no son buenos. Salom nos presenta el espectáculo de nuestra propia mediocridad, y no hace falta que nos pida que nos reconozcamos en estos caracteres porque ya lo hacemos a nuestro pesar. El autor critica y nos critica, y supera la obviedad del drama con el recurso del

humor, mucho más inteligente en este caso, que primero nos entretiene y nos divierte, captando nuestra atención y nuestro agrado antes de sacudirnos el latigazo contundente de su contenido.

Si *Los felices 20* presenta unos personajes adorablemente perversos y unas situaciones ingeniosas y llenas de malicia, no es menor el valor de su estructura. Con agilidad, con modernidad, se suceden las escenas y los espacios, y lo mismo puede decirse del tiempo, con saltos que unas veces anticipan la acción, otras la comprimen o la extienden. Se va creando así un ritmo rico, animado, que nunca baja la guardia y en el que cada momento ofrece la doble lectura del drama y la comedia propia de la farsa. Una farsa que, aunque ambientada en la década alegre del charlestón, es contemporánea y permite que cualquiera pueda identificarse con ella. Al fin y al cabo, la ambición y la infelicidad son constantes que atraviesan los límites del tiempo.

Si en *Los felices 20* vemos cómo un asunto grave se convierte en cómico, *En la pecera* produce el efecto contrario y su discurso, sin perder en ningún momento la lógica ni caer en lo gratuito, llega a ofrecer un calado hondo y grave en una pieza que, en principio, se mueve en los terrenos deliciosos y coquetos del deseo y la sexualidad entendidos como descubrimiento y juego.

*En la pecera* tiene un punto de partida, si se quiere, inverosímil, o cuanto menos improbable, si bien, una vez aceptados sus presupuestos, la evolución es perfectamente coherente y acorde con la sorpresa inicial. Es un arranque que emparenta la obra con cierto teatro del absurdo, igual que los primeros diálogos se dirían propios de una incursión en el ámbito de la incomunicación.

Si los autores poco hábiles son bien capaces de perpetrar obras aburridas sobre el aburrimiento, también pueden ponerse estupendos y nada comunicativos cuando abordan la incomunicación en sus textos. *En la pecera* no incurre en semejante errores, porque ni es aburrida ni cuesta entender su argumento o su significado. Pero, conociendo los riesgos habituales, se

valoran aún más sus logros y la capacidad con la que Salom aúna el descubrimiento de la sexualidad genital con la angustia existencial, el hastío de la madurez, la incomodidad social, las desigualdades, los conflictos entre hombres y mujeres y hasta los malos tratos. Y todo eso sin perder, salvo cuando es preciso, la sonrisa y el buen humor.

Sinceramente, el autor de *En la pecera* parece seguir siendo un joven de 33 años. Sólo así se explica que no le importe escribir una pieza de difícil – aunque no imposible – representación por puro placer de experimentar y disfrutar como escritor. Si no supiésemos su nombre, su edad y su trayectoria, si nos enfrentásemos con ella desde el desconocimiento de su origen, diríamos que ha sido escrita por un joven lleno de vida, de imaginación, de talento y de ganas de hacer cosas nuevas y arriesgadas. Pero su autor no es un desconocido, sino alguien popular y habituado desde hace años al éxito y que, si por una parte no tiene nada que demostrar, por otra es evidente que podría trabajar sobre seguro sin que eso añadiese nada a su trayectoria. Jaime Salom, que podría ser un autor sin edad, prefiere seguir siendo un autor joven y escribir sin reparo y sin miedos.

Si Salom quisiese repetirse a sí mismo, seguramente se dedicaría a seguir rompiendo parejas como hizo en *Una hora sin televisión*. Empresario habrá que diga que no hay por qué darle la espalda al éxito y que, si se han probado los buenos efectos de una fórmula, para qué intentarlo con otra. Y, desde luego, *Una hora sin televisión* ha sido un éxito incontestable, no sólo en España sino en muchos países, tanto en montajes profesionales como en infinidad de espectáculos de aficionados. Es una obra de referencia, ajustadísima, triunfante ante miles de públicos distintos y en la que obviamente se han reconocido infinidad de espectadores.

Con su estructura musical, que habla bien a las claras de lo importante que es el ritmo con que se desarrollan las conversaciones entre este matrimonio formado por Patricia y Eduardo, *Una hora sin televisión* es bastante más que un vehículo para el lucimiento de dos intérpretes

formidables. Salom, entre realista y simbólico, habla de problemas reales, cotidianos, y lo hace con un lenguaje tan elegante que casi no se nota. Es tan importante el cómo se dicen las cosas –y no sólo las cosas que se dicen- que se niega a interponerse entre el espectador y los personajes. Podría hacer que estos hablasen con grandeza impostada o con agresiva vulgaridad, pero él los mantiene siempre en la estricta y difícilísima normalidad. Crea así la impresión de una espontaneidad que sabemos que no es tal, pero lo importante es que lo parezca. De esta manera se diría que Patricia y Eduardo hablan por sí solos, sin nadie que los haya creado y los conduzca por un camino establecido. Salom desaparece de la escena y son Patricia y Eduardo quienes la ocupan con su naturalidad tan eficaz, tan consciente y tan elaborada.

Estas tres obras demuestran la versatilidad de Jaime Salom, la pulcritud de su elegante escritura, la habilidad con que gradúa la estructura y la tensión de sus dramas, su voluntad de no repetirse jamás, su sabiduría escénica, el aliento juvenil que inspira su teatro. Jaime Salom es un autor extraordinario.